

Xalapa, Veracruz, 19 de Agosto de 2014.

En el Centenario del Nacimiento del ilustre veracruzano: José Luis Melgarejo Vivanco.

Breves comentarios acerca del hombre, que: en la búsqueda del pasado de su pueblo, encontró la Universalidad.

He llegado este día a este encuentro de amigos del profesor José Luis Melgarejo Vivanco, en que la Rectoría de la Universidad Veracruzana, cuya titular es la Doctora Sara Ladrón de Guevara y su honorable Junta de Gobierno, han tenido a bien promover este programa de actividades académicas, en remembranza del Centenario del Nacimiento de uno de los hombres intelectuales más grandes y extraordinarios que ha tenido Veracruz y México, en el siglo XX.

Con seguridad, mi modesta participación debe tener puntos de coincidencia con los exponentes de esta mesa, ya que nos referimos al mismo personaje, al que, recordamos en múltiples facetas de su vida: en el destello de su fina picardía jarocho, el chiste, la broma, hasta la clase, la conferencia, el discurso, la sugerencia, así recordamos al “viejo”, al “profe” al maestro al funcionario, al amigo, al paisano; y para los familiares, a Papá, al abuelo, al tío, al hermano. Y para quienes tuviesen la inquietud, el interés de tener un acercamiento a él, ahí está su monumental obra escrita en temática diversa, aunque con mayor peso lo histórico-arqueológico-antropológico, para abreviar en ella todo el conocimiento, la ciencia del hombre, la enseñanza; qué mayor homenaje para un humanista de su talla.

Comparto con ustedes, que de lo proyectado inicialmente, para formar parte de esta mesa, con la anuencia, confianza y afecto que nos brinda la maestra Luisa Melgarejo Cruz, se inició la revisión y

consulta del Archivo técnico-personal del Maestro José Luis Melgarejo Vivanco, en la idea de que, de lo novedoso e inédito que ahí se guarda, algo se pudiese haber comentado en este día.

Sin embargo, por azares de la vida me vi obligado a truncar mi tarea, compromiso que aún considero gran pendiente, si Luisita y la vida lo permiten.

Ante tal vicisitud, optamos por darle otro giro a esta breve intervención, que se reduce a comentar algo que con seguridad ustedes han visto con mayor claridad y profundidad, que es su teoría de los “hombres venidos del mar desde tiempos muy remotos”, que en él, se convirtió en una forma de entender la vida, toda una línea de pensamiento y de investigación, una filosofía, una doctrina. Todo esto manifiesto desde su primera obra publicada en 1943, “Totonacapan”, hasta una de las últimas, editada en 1992, “América descubre al Viejo Mundo”. De principio a fin, acrecentada, multiplicada, fortalecida; firme y retadora en aquella obra cumbre del Congreso de Historia de 1943; contundente por todo el sustento documental a lo largo de cinco décadas, o más, la publicada con motivo del V Centenario del tamizado encuentro de dos mundos en 1992. Ambas de la Editora del gobierno del Estado.

Que de extraordinario encontramos en aquél joven escritor que se perfiló hacia lo que él mismo definió como su “historiomanía del terruño”, en un mundo de etapa de interguerras y un México que sentaba las bases de su institucionalización y transitaba hacia la construcción del milagro mexicano, producto de los principios de la Revolución Mexicana, en la que siempre creyó. En forma paralela, el recién egresado de la Escuela Normal Veracruzana (1936), había iniciado también la compilación de información de la que denominó su “obrita”, o sus “rengloncitos”, que le llevarían siete años de investigación ardua y vertiginosa, para una consulta de más de 300 fuentes entre libros, archivos, bibliotecas, etc., la mayor parte en la Ciudad de México, que sólo alguien con su velocidad de lectura y retentiva podría hacer.

Esta “obrita”, se convirtió en una verdadera piedra angular de toda una voluminosa producción historiográfica. Cayó en manos de dos verdaderas autoridades en la materia, Don José de Jesús Núñez y Domínguez, quien entre otros cargos, fue Secretario del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía y Don Enrique Juan Palacios, Historiador y Arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

El apenas “aficionado a las cuestiones histórico-arqueológicas”, como se autodenominó el Profesor Melgarejo Vivanco, recibió de aquél, Don Enrique Juan Palacios, encumbrado historiador y arqueólogo, quien no le conocía personalmente, algo así como el Padrinazgo o la confirmación o ambas cosas, pues en escasas dos cuartillas hizo una síntesis del espíritu del joven escritor, como toda una revelación, de amplio conocimiento, variada cultura, ideas originales, y de lectura “grata por extremo”, entre otros tantos conceptos, agregó “circula por la obra un soplo tan poderoso de inspiración y entusiasmo, y sobre todo, la nota de amor a la raza es tan vibrante, que admitiendo que el volumen contuviese yerros o puntos de vista extraviados, lo que la crítica decidirá a su tiempo, digo con confiada certidumbre (dirigiéndose a Don José de Jesús Núñez y Domínguez) que un trabajo como éste amerita publicarse íntegro, sin alteraciones ni mutilaciones, como brotó del pensamiento del autor...”

Con esta sencillez, claridad, transparencia, imparcialidad y calidad científica y académica, se refirió al autor en profética opinión.

Qué podríamos agregar, si los que saben ya han declarado esto y mucho más. Lo que sigue en el hilo de mi modesto comentario es que desde esta primera obra, brota su teoría de toda la vida, de desentrañar desde lo más remoto, la comunicación trasatlántica de pueblos y culturas. Anota el autor en el capítulo de orígenes: “ Pasma la similitud legendaria de los pueblos: la Biblia, el Gilgamesch, la Teogonía Egipcia, los escritos sagrados de Hermes, el Manava-Dharma-Sastra, los Upanishads, los Puranas y los Vedas, para sólo citar aquellos importantes tratados.

“Nos hemos concretado a señalar volanderamente un estado de ideas; no negamos la fe la fe de Roso de Luna en su esperanza de que un día la prehistoria Americana y la eurosicoafrica se unan sobre las olas del Atlántico.”

En el transcurrir de cinco décadas a partir de 1943, su teoría calendárico-migratoria, siguió aflorando en tantas otras obras, como emergiendo y fortaleciéndose. Y como ya se anotó anteriormente, con motivo del V centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, muy a tono con este acontecimiento, pero con un enfoque totalmente diferente y hasta desconocido para algunos, o a lo mejor, descabellado para otros, en la sola referencia del título: América descubre al Viejo Mundo, en la que, ahora, Don José Luis Melgarejo Vivanco, definitivamente desborda toda su paciencia, su sabiduría, vasta cultura, extraordinaria memoria y su gran conocimiento y habilidad de epigrafista, si no su gran pasión, por conocer, cotejar y contrastar los distintos calendarios del mundo antiguo: los mesoamericanos y los allende la frontera trasatlántica. En sus 24 capítulos contenidos, cada uno con sus fuentes por separado, exponer, en una búsqueda inédita e implacable, las profundas raíces del conteo del tiempo y el origen de los calendarios de las primitivas culturas del mundo, basados en un conocimiento amplio de la bóveda celeste y el movimiento de los astros, los efectos de los cambios estacionales de la tierra, fenómenos naturales como el diluvio y hechos sociales de trascendencia como la dispersión del pueblo judío, el nacimiento de Cristo y de Mahoma.

Pero dejemos que el propio autor nos lo diga en su propia expresión:

“Hoy se va regresando al punto de partida: el mundo es uno, la humanidad es una, y la cultura es una, como elevación del hombre, y de lo cual, hasta el momento, Sumeria parece punto geográfico donde surgieron las características manejadas ahora, extendiéndose primero por el Oriente Medio, abarcando a toda la Península de Arabia,

seguramente utilizando al Mar Rojo como acuñador en un estadio de su desarrollo cual el mediterráneo para la cultura occidental.

Mahoma y el movimiento panárabe, serían el último vástago; para Spengler “su historia primaria cae en el dominio de la antigua civilización babilónica, que desde hacía dos mil años venía siendo botín de sucesivos conquistadores”.

“Este substrato sumerio-Babilónico, firmemente arraigado en SABA y en ABISINIA, pese a lo sorpresivo, estuvo haciendo llegar influjos al continente Americano”.

En una de sus últimas publicaciones, si no la última, de la colección Pensamiento y Palabra de Veracruz, de la editora del Gobierno del Estado, en 1998, dedicado a la “Huasteca Veracruzana” (Epoca Nativa), dejó rubricada esta misma teoría con toda firmeza y claridad de pensamiento, a pesar de su avanzada edad, como que fue una de las pasiones de toda su vida, dejando una veta abierta a la investigación mirando hacia el Atlántico.

Para concluir esta intervención, en alguna ocasión externó que sentía una deuda moral con los huastecos a quienes no había dedicado un trabajo específico. Desde su adolescencia y en sus primeros trabajos de campo, siempre le llamó la atención aquel grupo de la trilogía de las étnicas veracruzanas. En la última etapa de su vida, les dedicó dos trabajos al que nos referimos anteriormente y “Tamiahua, una historia Huasteca” ediciones del periódico Punto y Aparte, editado en 1981.

En su nota preliminar que el autor denominó como Excusa Personal, da cuenta de lo que fue y debe ser un investigador nato, con

auténtica vocación y don de servicio; pero también, lo que conmueve para quienes nos apreciamos de su amistad y cercanía familiar, fue su mensaje de despedida; si no: póstumo “El autor ha tenido en su vida varios de sus más queridos amigos entre los huastecos, y sí se ha sentido en la obligación de un trabajo para ellos; pero también ha vivido bajo muy graves e imperiosas presiones en otros rubros, y no ha dispuesto de tiempo. Ahora, cuando acaba la vida, cuando ya no habrá tiempo, se lo recrimina con amargo sabor, pero siempre fue un Hombre que jamás pudo realizar su propia vida por estar atendiendo a los demás, y no vivir para sí mismo, sino para los otros, deja satisfacciones, más también, toda una larga lista de cuanto pudo ser y no lo fue”.

Maestro Aurelio Sánchez Durán.